FAMILIA, PARENTESCO Y PATRONAZGO DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

JEAN-PHILIPPE LUIS
Centre d'Histoire Espaces et Cultures,
Université Blaise-Pascal, Clermont-Ferrand

La elección de un partido, el patriota o el afrancesado, por los actores políticos constituye una de las interrogaciones principales de los estudios sobre la guerra de la Independencia. Sacado hace tiempo de una percepción maniquea y romántico-patriota por Miguel Artola, el tema de los afrancesados permitió una primera reflexión sobre los motivos que pueden explicar el compromiso con un partido. Sin embargo, durante mucho tiempo, la reflexión se limitó a los afrancesados: la fuerza del mito de la guerra de la Independencia y su papel en la construcción de la nación española impusieron una visión del patriotismo como una reacción «natural», y por lo tanto incuestionable, de los españoles frente a la invasión napoleónica[1]. En su síntesis pionera, Jean-René Aymes evocó brevemente elementos nuevos, como la casualidad o el oportunismo para entender la resistencia a los franceses. Gérard Dufour fue el primero en consagrar una reflexión centrada en este tema con respecto a los patriotas, haciendo hincapié en argumentos nuevos, hablando del miedo y del rechazo a la conscripción, vinculando por consiguiente la resistencia a los franceses a fenómenos antirrevolucionarios como las guerras de Vendée en la Francia revolucionaria[2]. Respecto a los afrancesados se subrayó el papel de

---

1 Es el tema principal de la renovación historiográfica a partir de los años 90 en los estudios sobre la guerra de la Independencia. ÁLVAREZ JUNCO, José, «La invención de la Guerra de la Independencia», *Studia Storica. Historia Contemporánea*, 12, 1994, pp. 75-100. DEMANGE, Christian, Pierre GÉAL, Richard HOCQUELLET, Stéphane MICHONNEAU, Marie SALGUES, *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007. GARCÍA CARCEL, Ricardo, *El mito de la nación indomable*, Madrid, Temas de hoy, 2007.

2 DUFOUR, Gérard, «Pourquoi les Espagnols prirent-ils les armes contre Napoléon ?», en *Les Espagnols et Napoléon*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1984, pp. 317-325.

la revancha en la actuación de muchos oficiales y funcionarios relacionados con el régimen de Godoy, y por lo tanto separados después de los sucesos de Aranjuez[3]. Se insistió también sobre los que consideraron inútil y peligrosa la continuación de la guerra, que sólo podía conducir a la derrota y al colapso del orden social[4]. A pesar de todo, los argumentos ideológicos fueron los más utilizados para entender la elección de un partido. Este hecho se puede explicar por la focalización historiográfica sobre intelectuales o personalidades que dejaron fuentes y testimonios. Pues, al tener que justificarse, a partir de 1814, los afrancesados dejaron muchos textos famosos utilizados en los estudios, ya clásicos, consagrados al afrancesamiento[5].

No quiero en este texto restar importancia al pensamiento político en la elección de un partido en la guerra de la Independencia. Sin embargo, me gustaría insistir en un aspecto poco evocado: limitarse a los aspectos ideológicos y políticos para entender el compromiso significa analizar la sociedad española de aquel tiempo como una sociedad moderna, individualista, en la que las actitudes políticas están relacionadas con posiciones de tipo ideológico. Pero la sociedad española de 1808 no funcionaba así, excepto de manera superficial, en círculos intelectuales muy estrechos. Fue la guerra de la Independencia la que hizo entrar España en la modernidad política, en el sentido definido por Maurice Agulhon[6]. Por consiguiente, elegir un partido —si entendemos la voz «partido» como un grupo unido por una ideología y un modelo político— no correspondía a una lógica del Antiguo Régimen. Además, la guerra de la Independencia es un momento histórico dinámico y no se puede analizar la actitud de los actores del mismo modo en 1808 y en 1812. La situación geoestratégica y la concepción del modo de hacer política evolucionaron con rapidez.

Por lo tanto, la metodología adoptada en este texto pretende ser pragmática. Se trata de privilegiar los actos de los actores inmersos en sus entornos socio-políticos respectivos, en el momento de la elección de un partido, considerando sólo en segundo lugar los argumentos que dichos actores pudieron

---

3 ESDAILE, Charles, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia,* Barcelona, Crítica, 2004, p. 281.

4 Una amplia descripción de los argumentos de los afrancesados en: BARBASTRO GIL, Luis, *Los afrancesados. Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC/Instituto de cultura «Juan Gil-Albert», 1993, pp. 53-108.

5 Juan López Tabar habla de literatura justificadora en su obra *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 131-152.

6 Sobre este tema véase LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria, LUIS, Jean-Philippe, *El nacimiento de la política moderna en España (mediados del siglo XVIII-mediados del siglo XIX)*, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. 35/1, 2005.

utilizar *a posteriori* para justificar sus actitudes. Eso quiere decir privilegiar la confrontación de lo que sabemos de los motivos ideológicos con el peso de las relaciones personales que eran fundamentales durante el Antiguo Régimen para entender las posibilidades de actuaciones del individuo. En el conjunto de las relaciones personales que condicionaban la vida del individuo, me limitaré a las relaciones más naturales, pero también más fuertes, es decir las que unían a los miembros de una misma familia. ¿Cómo resistieron estas últimas a una guerra que fue, en algunos de sus aspectos un conflicto ideológico?

La lógica político-social en vísperas de la guerra de la Independencia

Desde 1990, los estudios de historia moderna insisten en el papel fundamental de las redes y de los vínculos personales en la vertebración social y en la acción política durante el Antiguo Régimen. En la sociedad corporativa que existía todavía a principios del XIX, aún tenían un papel fundamental los vínculos personales. Lazos de lealtad y de dependencia personal seguían caracterizando las relaciones sociales básicas. Las relaciones personales no resultaban de una adhesión libre y revocable de los individuos. Eran vínculos «de integración y de subordinación»: «integraban a los individuos en grupos o comunidades que aseguraban su supervivencia y les conferían una identidad social (...), y, al mismo tiempo, les ataban estrechamente, les imponían unas normas, les vinculaban a una autoridad y les procuraban unos deberes y obligaciones»[7]. Por eso, el individuo vivía en un alto grado de dependencia con respecto a su superior jerárquico, a su amo, a su maestro y, en el seno de la familia, al *pater familias*.

El parentesco constituya el vínculo más «natural» por ser la familia la primera célula social de solidaridad, de identidad y de deberes. El capital relacional de cada familia era la base de la economía familiar. «La principal condición de acceso a aquella dinámica era la relación con los parientes que podían patrocinar a los vástagos de la parentela»[8]. El individuo tenía un grado de libertad mayor a la hora de elegir sus amistades, pero los términos de la

7 IMÍZCOZ BEUNZA, José María, «El entramado social y político», en FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia de España en la Edad Moderna*, Barcelona, Ariel, 2004, pp. 54-77, p. 56. Es una síntesis muy buena que integra los últimos aportes historiográficos. Para una aproximación teórica: CASTELLANO, Juan Luis, DEDIEU, Jean-Pierre (dir.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, París, éditions du CNRS, 1998.

8 IMÍZCOZ BEUNZA, José María, GUERRERO, Rafael, «Familia en la Monarquía. La política familiar de las élites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones», en IMÍZCOZ BEUNZA, José María (ed.), *Casa, familia y sociedad*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2004, pp. 177-238, p. 189.

relación obligaban moralmente y exigían de los individuos una solidaridad y unos «intercambios más o menos explícitos»[9]. Los vínculos personales y el patronazgo actuaban como motor de la dinámica social, por ejemplo, en la distribución de plazas en la Iglesia, en la administración estatal, en el ejército o en la lógica interna de las casas de comercio[10]. Actuaban también en lo político por la confusión entre el campo del político y el campo del social que caracterizaba el Antiguo Régimen. Todos los actores sociales «se insertan en conjuntos, en colectivos, que son elementos constituyentes del cuerpo político de la ciudad, del reino, y que como tal contribuyen a administrarlo. Todos se insertan en redes que necesariamente desembocan en el campo político»[11].

La descripción rápida de estos mecanismos no debe inducir una visión demasiado rígida de la sociedad al final del Antiguo Régimen. En primer lugar, porque las relaciones sociales son una construcción cambiante y los actores siempre pueden manipular las reglas y las representaciones participando así en sus reactualizaciones[12]. Por otra parte, existen muchos signos de una crisis de las élites, o mejor dicho, una quiebra de los mecanismos de ascenso social que habían permitido una amplia renovación de las élites durante los dos primeros tercios del siglo XVIII[13]. El alto grado de ausentismo de los regidores, consecuencia en gran parte de un agotamiento biológico de las élites locales en

9 IMÍZCOZ BEUNZA, José María, «El entramado social y político», p. 56. Ejemplos en CHACÓN JÍMENEZ, Francisco, HERNÁNDEZ FRANCO, Juan, *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, 2001.

10 El caso de los Vasco-Navarros es famoso desde *La hora Navarra* de Julio Caro Baroja. Ejemplos recientes en: ANGULO MORALES, Alberto, ««El más feliz exito de su destino...» Medios de integración del emigrante vasco en América y Europa durante el siglo XVIII», en ANGULO MORALES, Alberto, ÁLVAREZ GILA, Oscar (ed.), *Las migraciones vascas en perspectivas históricas (siglo XVI-XX)*, Bilbao, 2002, p. 93-111. MARTÍNEZ DEL CERRO GONZÁLEZ, Victoria E., «Trabajar en red. La colonia de Navarros y Vascos en la economia gaditana de la segunda mitad del siglo XVIII», en TORRES SÁNCHEZ, Rafael (ed.), *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 71-106, p. 72.

11 DEDIEU, Jean-Pierre, «Amistad, familia, patria...y rey. Las bases de la vida política en la Monarquía española de los siglos XVII y XVIII», en LÓPEZ-CORDÓN, M. V., LUIS, J. P., *El nacimiento de la política moderna en España* ..., pp. 27-50, p. 44. Ver también, DEDIEU, Jean-Pierre, WINDLER, Christian, «La familia una clave para entender la historia política? El ejemplo de la España moderna», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 18, 1998, pp. 201-233.

12 MOUTOUKIAS, Zacarías, «Narración y análisis en la observación de vínculos y dinámicas sociales: el concepto de red personal en la historia social y económica», en BEJERG, M. y OTERO H. (comp.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Tandil, IEHS-CEMLA, 1995, p. 235.

13 DEDIEU, Jean-Pierre, «La ville et l'État en Espagne à l'époque moderne. Tentative de synthèse des apports de l'historiographie récente», *Liame*, n° 5, 2000, p. 25-42. SORIA MESA, Enrique, «Los estudios sobre las oligarquías municipales en la Castilla moderna. Un balance en claroscuro», *Manuscrits*, n° 18, 2000, pp. 185-197.

ciertas zonas y los ataques contra la nobleza en los escritos ilustrados fueron los dos signos revelantes de esta crisis. En las familias gaditanas del negocio, «los hombres jóvenes tendían a tomar decisiones profesionales y personales de forma mas autónoma, sin seguir los dictados de sus padres y parientes más adultos». Por ejemplo, algunos se casaron sin el consentimiento familiar[14].

La crisis de las élites aparece por fin en la emergencia de individuos que reivindicaban a través de nuevos espacios de sociabilidades un cambio político-social radical, el final de la sociedad estamental y el advenimiento de una sociedad de individuos libres. Personifican el advenimiento en España de lo que Habermas llamaba una «esfera pública burguesa», en la que podían expresarse individuos que rechazaban el carácter impuesto de los vínculos sociales de la sociedad estamental para privilegiar los vínculos elegidos por el individuo[15]. Nos encontramos aquí frente al fenómeno del nacimiento de la política moderna, que significa, en el campo social, la aparición del individualismo. Al principio del siglo XIX, observamos el fenómeno en el mundo de las élites, de los intelectuales, paralelamente a la difusión de las ideas reformistas.

Ciertos autores nos describen una sociedad ya politizada en 1808. Así, Francisco Aguilar Piñal afirma que, en Sevilla, «la población estaba dividida, como toda España, entre los que después serían serviles y liberales, y antes de 1808 se conocían como fernandinos y afrancesados»[16]. El exilio de los afrancesados dio lugar a una literatura justificadora que desarrolló *a posteriori* los motivos diversos de las actuaciones durante la guerra. Si muchos afrancesados se justificaron por el miedo a la revolución y por la obediencia a un monarca que había cedido su corona a Bonaparte, otros insistieron sobre la oportunidad de reforma que ofreció José I[17]. Francisco Amorós es un caso extremo de actuación motivada ante todo por opiniones políticas. En su famosa *Representación a Fernando VII* (1814), declaró: «Me glorio de haber

---

14 FERNÁNDEZ PÉREZ, Paloma, *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Madrid, Siglo XXI, 1997, p. 226.

15 HABERMAS, Jurgüen, *L'espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, París, Payot, 1978.

16 AGUILAR PIÑAL, Francisco, «El mes de mayo de 1808 en Sevilla», en FUENTES, Juan Francisco, ROURA, Lluís (eds.), *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje a Alberto Gil Novales*, Lleida, Ediciones del Orto, 2001, p. 13-36, p. 34. MORENO ALONSO, Manuel, *La revolución «santa» de Sevilla (La revuelta popular de 1808)*, Sevilla, Caja San Fernando de Sevilla y Jerez, 1997. MORENO ALONSO, Manuel, *La junta suprema de Sevilla*, Sevilla, Alfar, 2001.

17 DUFOUR Gérard, VAUCHELLE-HACQUET, Aline, «De l'autobiographie politique: le cas des *afrancesados*», en *L'autobiographie en Espagne,* Aix-en-Provence, Université de Provence, 1982, pp. 133-147.

sido miembro de la Asamblea Constituyente de Bayona, de haber obtenido el empleo de consejero de Estado y la Orden Real de España»[18].

Sin embargo, no debemos exagerar el peso de este cambio. Fueron pocos los reformadores radicales, del tipo de Marchena o de Ibañez de Rentería. Luego, los casos que conocemos indican la coexistencia entre posiciones ideológicas preliberales y actuaciones concretas marcadas por el peso de la familia y de la amistad, por la influencia de las redes de solidaridad tradicionales. En las familias de las élites, el sentimiento de pertenecer a un linaje quedó muy fuerte, como la necesidad de perpetuar el apellido. Por ejemplo, la defensa del individualismo que encontramos en Franciso Cabarrús no impedía que este último fundara un mayorazgo en 1780 para «establecer firmemente a sus hijos con el honor y permanencia que corresponde a su familia»[19]. En la España «liberal», las élites aristócratas superaron el cambio jurídico utilizando prácticas sociales tradicionales[20]. Parentesco y patronazgo siguen siendo elementos fundamentales del poder y de la reproducción social, a pesar de un contexto político y jurídico nuevo[21]. El peso de la lógica social que hemos vislumbrado antes y después de la Guerra de la Independencia obliga a ser muy prudente a la hora de examinar la cuestión de la elección de un partido político. No podemos limitarnos a consideraciones meramente ideológicas porque éstas caracterizan ante todo el mundo del individualismo.

La ruptura de los vínculos tradicionales: otra faceta del trauma de la guerra

Los estudios que sobrevaloran el papel de la ideología en la elección de un partido nos proporcionan ejemplos que muestran la fuerza de una guerra capaz de romper las relaciones de la amistad y del parentesco, es decir lo que constituía el sostén de la sociedad del Antiguo Régimen. Son famosos casos de amistades rotas por la guerra, como por ejemplo el de Jovellanos y Urquijo[22]. El grupo que se reunía en la tertulia de la condesa de Montijo se

18 FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael, *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Alicante, Universidad de Alicante, 2005, pp. 162-175.

19 CRUZ, Jesús, «Lealtad y meritocracia: discurso público y práctica privada de las élites españolas», *Historia* social, n° 23, 1995, pp. 101-120, p. 111.

20 Una síntesis reciente en MARTÍNEZ LÓPEZ, David, «Sobre familias, élites y herencias en el siglo XIX», *Historia contemporánea*, 31, 2005, pp. 457-480.

21 PRO RUIZ, Juan, «Socios, amigos y compadres: camarillas y redes personales en la sociedad liberal», en CHACÓN JÍMENEZ, F., HERNÁNDEZ FRANCO, J., *Familias, poderosos y oligarquías...*, pp. 153-173.

22 MORENO ALONSO, Manuel, *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza Universal, 1989.

dividió: Félix Amat, en el partido afrancesado; Joaquín Lorenzo Villanueva, Antonio Costa y Jovellanos, en el partido patriótico y más tarde en el de los liberales para los dos primeros[23]. El fenómeno existió en el seno de familias pero fue evocado en muy pocas ocasiones. En este momento me limitaré a tomar ejemplos andaluces.

En Osuna, Juan de Dios Govantes Vizarrón, uno de los principales afrancesados, luchó contra su cuñado Cristóbal de Govantes y Valdidia, «una de las figuras más señeras del partido nacionalista»[24]. La división política sobrevivió a la guerra. El absolutismo de Cristóbal fue premiado en enero de 1815 por la concesión a su hermano Juan de Dios del grado de caballero de la orden de Alcántara[25]. Encontramos a continuación a Cristóbal en un grupo conservador de la oligarquía sevillana durante la segunda restauración de Fernando VII[26]. Ignoramos si Juan de Dios Govantes Vizarrón tuvo que exiliarse en 1813, pero vivía en Osuna durante el Trienio Liberal y pertenecía en 1822 a la Milicia Nacional. Fue capitán de granaderos del primer batallón de milicia, en 1836, en Sevilla; luego síndico del ayuntamiento en 1839[27]; y diputado progresista de la provincia de Sevilla en 1841[28].

Los Arjona y Cubas fueron otra de las familias desgarradas por la guerra en Osuna y Sevilla. Manuel María formó parte del grupo de intelectuales sevillanos que fundaron la *academia Horaciana*, y fue amigo de los Lista, Reinoso, Blanco White. En febrero de 1810 obtuvo por Mariano Luis de Urquijo, el cargo de director del *Correo Político y Militar de Córdoba*[29]. Se exilió a Francia regresando a final de 1818 y quedó desterrado en Córdoba y Sevilla hasta el Trienio liberal. Su hermano José Manuel, magistrado en la audiencia de Extremadura fue un patriota activo, y desempeñó un papel importante durante la segunda restauración de Fernando VII como superintendente de la policía y, después, como asistente de Sevilla[30].

---

23 LÓPEZ TABAR, J., *Los famosos traidores...*, *op. cit.*, p. 29.

24 DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis, *Osuna napoleónica 1810-1812*, Sevilla, Falcata Ediciones, 2001, pp. 399-400.

25 AHN, Ordenes militares, expedientillos n. 14796.

26 Es uno de los testigos del expediente de concesión de la orden de Carlos III a Alejandro María Aguado en 1828. AHN, *Estado*, leg. 6283, exp. 1. LUIS, Jean-Philippe, *L'ivresse de la fortune. Aguado, un génie des affaires*, París, Payot, 2009, capítulo III.

27 ÁLVAREZ REY, María Felisa, *El primer liberalismo en Sevilla. Las regencias de María Cristina y Espartero (1833-1843)*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2006, pp. 54-55, y p. 79.

28 GEAL, Pierre, *La naissance des muséés d'art en Espagne (XVIIIe-XIXe siècle)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, p. 183.

29 DÍAZ TORREJÓN, F. L., *Osuna napoleónica...*, *op. cit.*, pp. 390-394.

30 BRAOJOS GARRIDO, Alfonso, *D. José Manuel de Arjona, asistente de Sevilla 1825-1833*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1976.

¿Significan estos datos el advenimiento de actuaciones de tipo individualista, características del auge de una nueva sociedad? La contestación no puede ser positiva sin consideraciones previas. Primero porque, muchas veces, luchar como patriota no significa otra cosa que la voluntad de defender la sociedad tradicional. Los conservadores, los activistas de la contrarrevolución numerosos en el partido patriota fueron aquellos que precisamente rechazaban el individualismo, sinónimo de revolución y de «corrupción de las costumbres» para emplear el vocabulario tradicionalista. Segundo, porque el clientelismo, el patronazgo y la familia siguieron siendo muy importante durante la guerra. La clientela de los miembros del partido fernandino tuvo un papel importante en la movilización popular y en las sublevaciones de mayo de 1808. Claude Morange indicó el papel de los hombres vinculados al conde de Montijo en Sevilla y Badajoz[31]. En Valencia, los hermanos Bertrán de Lis fueron contactados por un fernandino poco antes de la sublevación de la ciudad[32]. Tercero, porque las juntas sublevadas durante la primavera de 1808 justificaron la recuperación de la soberanía por sí misma al nivel local con argumentos propios de la cultura política del Antiguo Régimen, refiriéndose ante todo a la doctrina antigua del pactismo. El tránsito hacia la noción de soberanía nacional no se hizo antes de 1809[33]. Por fin, el trauma del cambio de dinastía tiene algo que ver con el miedo a la ruptura de la comunidad. Para evitar el caos social, era imprescindible mantener la unidad de la comunidad de la monarquía hispánica cristiana[34].

Para superar la contradicción entre la persistencia de una cultura y unas prácticas del Antiguo Régimen frente a justificaciones y motivaciones individualistas o ideológicas, podemos tomar la vía fecunda de los casos particulares, que si bien impide la generalización, permite descubrir diferentes tipos de articulaciones entre datos aparentemente contradictorios.

---

31 MORANGE, Claude, «El conde de Montijo durante la Guerra de la Independencia, apuntes para su biografía», *Trienio*, n° 2, 1983, Madrid, pp. 3-40.

32 ARDIT, Manuel, *Revolución liberal y revuelta campesina*, Barcelona, Ariel, 1977, p. 121.

33 Es la tésis de Richard Hocquellet en: *Résistance et révolution durant l'occupation napoléonienne en Espagne 1808-1812,* París, La Boutique de l'Histoire, 2001. Ver también del mismo autor «Du *consensus populi* a la volonté générale. La représentation du pouvoir chez les dirigeants patriotes durant la guerre d'Indépendance», en LÓPEZ-CORDON, M. V., LUIS, J. P., *El nacimiento de la política moderna en España* ..., pp. 79-98.

34 LUIS, Jean-Philippe, «Le difficile apprentissage de la conciliation politique: l'Espagne 1808-1868», en Jean-Claude Caron, Frédéric Chavvaud, Emmanuel Fureix, Jean-Noël Luc (dir.), *Entre violence et conciliation. La résolution des conflits socio-politiques en Europe au XIXe siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2008, pp. 287-299.

El caso de los O'Farrill/Aguado

El famoso ministro de la Guerra de José Bonaparte, Gonzalo O'Farrill fue una de las figuras más importantes del partido afrancesado. Sin embargo, no fue un godoista frustrado tras los sucesos de Aranjuez como lo fue Amorós. Al contrario, este habanero perteneció al partido fernandino, quizás por despecho de verse alejado como otros criollos de los puestos relevantes por el rey Carlos IV. Volviendo de Toscana con la reina de Etruria, en febrero, asistió al motín de Aranjuez y consiguió la plaza de director general de Artillería el 21 de marzo. Vivió el hundimiento de la monarquía en las intrigas de la Corte y en Bayona[35]. Como la mayoría de los notables, aceptó el cambio de dinastía y la constitución de Bayona. Sin embargo, se singularizó porque no cambió de partido después de Bailén. Permaneció fiel a José hasta el final del reinado, lo que le condujo al exilio en París hasta su muerte en 1831. ¿Cuál fue el papel de la familia en este destino?

Gonzalo O'Farrill era en 1808 un hombre aislado en su familia[36]. Descendiente de una familia potente de la «sacarocracia» de La Habana (de Juan José O'Farrill y Arriola, alcalde ordinario de La Habana, y de María Luisa Herrera y Chacón), vivía en Europa desde casi 40 años cuando se inició la guerra. En 1808, habían muerto sus padres y tenía relaciones escasas con sus hermanos. El mayor, José Ricardo, había heredado del mayorazgo familiar. Además, Gonzalo se había casado con una gaditana, y no con una habanera de la «sacarocracia» como solía ocurrir en aquel grupo. Nos encontramos frente a un hombre bastante alejado de su parentesco, aislado pues, a la hora de elegir un partido, es decir un hombre más libre, en posición más individualista.

Otra persona emparentada con O'Farrill se encontraba en una situación familiar de marginalidad: María Teresa Montalvo y O'Farrill. Vivió el lujo de la vida de corte gracias al dinero de las plantaciones de azúcar. Sin embargo, este dinero no fue suficiente. Su marido estaba lleno de deudas y murió de repente, en 1807, arruinado. María Teresa se benefició del apoyo de Godoy hasta la huida de éste. Sin dinero, sin apoyo, esta mujer prefirió aceptar a los franceses, hacerse amante del rey José, disfrutar de la protección de Gonzalo O'Farrill y así poder casar a su hija, María Mercedes, con el general Merlín[37].

---

35 OZANAM, Didier, *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle*, Madrid-Burdeos, Casa de Velázquez, 1998, p. 372.

36 GONCALVÈS, Dominique, *Le planteur et le roi. L'aristocratie havanaise et la couronne d'Espagne (1763-1838)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, p. 267.

37 *Ibíd.*, pp. 286-320.

En el exilio en París, su hija, que se convirtió en la famosa condesa Merlín, protegió a O'Farrill.

La marginalidad de O'Farrill no significa sin embargo que no usó del patronazgo y de los vínculos familiares en favor de los miembros de su familia presentes en la Península para reclutar hombres fieles cuando se hizo al poder. Nombró a su yerno, Pedro Santa María, asistente; y a su primo, Sebastián Calvo de la Puerta y O'Farrill, primer marqués de Casa Calvo, como *comisario regio* de las provincias de Salamanca y Zamora[38]. Después de una brillante carrera militar en Cuba y en Luisiana, este último acababa de llegar a la Península cuando estalló la guerra. En Sevilla, O'Farrill reclutó a Alejandro María Aguado, uno de los hijos de su prima Mariana Luz Remírez de Estenoz.

El caso de Aguado es también muy sugerente para captar la complejidad de las posiciones y posturas frente al cambio de dinastía. Segundo hijo del conde de Montelirios, era un joven teniente del regimiento de Jaén en 1808 y combatió en el ejército del centro, participando en las batallas de Tudela y Uclés. Cuando se llevó a cabo la invasión de Andalucía por los franceses, estaba afectado al 4.° batallón de voluntarios de Sevilla[39]. No huyó a Cádiz, se quedó en Sevilla y sólo cambió de partido cinco meses después de la entrada de José I en la ciudad hispalense. No conocemos el porqué del cambio, sin embargo, podemos imaginar que la presencia de O'Farrill al lado del rey en Sevilla influyó mucho en la decisión de Aguado. Después se convirtió en uno josefino activo, participando a la represión de la guerrilla, así que, en 1813, no tuvo más remedio que la huida y el exilio a Francia para salvar su vida[40].

El cambio de partido fue frecuente en Andalucía y constituye la paradoja andaluza[41]: la provincia que fue uno de los principales focos de la revuelta de la primavera de 1808 se caracterizó, después de la invasión de 1810, por un alto nivel de colaboración con los franceses y por la debilidad de la guerrilla. Podemos observar, por ejemplo, la aceptación en 1810 de cargos municipales por parte de hombres que habían sido patriotas activos en 1808 y 1809. Uno de los actores principales de la revolución «santa» de mayo de 1808, José Jacinto de Checa y Xijón, aceptó una plaza de regidor en el ayuntamiento nombrado

38 MERCADER RIBA, Jaime, *José Bonaparte rey de España 1808-1813. Estructura del estado bonapartista*, Madrid, CSIC, 1983, pp. 152 y 186.

39 Archivo General Militar de Segovia (AGMS), sección 1, exp. personales, A 292.

40 Todos los datos sobre Aguado en: LUIS, Jean-Philippe, *L'ivresse de la fortune. Aguado, un génie des affaires, op. cit.*

41 Es el punto de partida de la tésis de Jean-Marc Lafon: *L'Andalousie de Napoléon. Contre-insurrection, collaboration et résistances en le midi de l'Espagne (1808-1812)*, París, Nouveau monde éditions/Fondation Napoléon, 2007.

por los franceses en 1810[42]. Fue también el caso en Jerez de la Frontera donde los franceses nombraron en el cabildo a miembros de la Junta de Gobierno o del Batallón de Voluntarios que habían organizado la lucha en 1808[43]. Lo peculiar de Alejandro María Aguado es su actuación intensa y continuada al lado de los franceses, mientras que en Sevilla, en Jerez, o en otras ciudades andaluzas, la adhesión al rey José disminuía con el tiempo y con las dificultades de los franceses[44]. ¿Puede dar elementos de explicación de tal actuación la posición de Alejandro María Aguado en su familia?

Alejandro María fue el único afrancesado de la familia Aguado de Sevilla. Su hermano mayor, el que poseía el mayorazgo y el título de nobleza quedó inactivo a partir de 1810, mientras que uno de los menores, Felipe siguió combatiendo en el ejército patriota. Su primo Francisco Gómez de Barreda y Aguado murió en 1811 en la batalla de Úbeda, convirtiéndose en un héroe local que tuvo una calle con su nombre en Úbeda hasta principios del siglo XX[45]. La posición de Alejandro María en su fratría nos proporciona elementos que pueden aclarar su afrancesamiento. Segundo hijo del conde de Montelirios tenía, sin embargo, pocas oportunidades de heredar el título y el mayorazgo ya que su hermano mayor, José, tenía un hijo. Su carrera militar sufría de cierta mediocridad. Su madre esperaba una afectación en los Guardias de Corps[46]. No lo consiguió y el joven Alejandro no pudo pretender a más que el regimiento de Jaén, un regimiento sin prestigio fundado en 1793 por el duque de Medinaceli[47]. A la frustración que podemos imaginar se sumó durante la guerra otro elemento para alimentar la desavenencia: su familia le negaba el casamiento con Carmen Moreno, una joven de origen humilde. Alejandro no

42 CAMPESE GALLEGO, Fernando Javier, *Los comuneros sevillanos del siglo XVIII. Estudio social, prosopográfico y geneológico*, Sevilla, Fabiola de publicaciones hispalenses, 2004.

43 CARO CANCELA, Diego, «Las élites locales de Jerez, entre el absolutismo y el liberalismo (1808-1823)», en CARO CANCELA, Diego (ed.), *El primer liberalismo en Andalucía (1808-1868) Política, economía y sociabilidad*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2005, pp. 89-126.

44 MORENO ALONSO, Manuel, *Sevilla Napoleónica*, Sevilla, Alfar, 1995. En Granada: GÓMEZ GONZÁLEZ, Inés, «La chancillería de Granada en la Guerra de la Independencia», *Revista del centro de estudios históricos de Granada y su reino*, n° 9, 1995, pp. 141-157.

45 LEÓN Y MANJÓN, Pedro de, *Historial de fiestas y donativos. Indice de caballeros y reglamento de uniformidad de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla*, Madrid, 1909, p. 149.

46 CORTINE Y MURUBE, Felipe, *Un sevillano en París*, Madrid, Fortanet, 1918, pp. 40-41.

47 ANDÚJAR CASTILLO, Francisco, *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ed. Pons, 2004, pp. 371-372. CÁCERES ESPEJO, Carlos, *El ejército de Andalucía en la guerra de la independencia*, Málaga, 1999, Algazara, p. 327.

aceptó la decisión familiar, no se casó, pero huyó con Carmen a Francia donde nació el primero de sus tres hijos en agosto de 1813.

Aguado no hizo aclaraciones *a posteriori* para explicar su actitud, sólo confesó en 1822: «Ya sabes que el haber seguido una vez un partido me hizo espatriarme, y otros mil disgustos, así pues ahora con semejante lección, no quiero pertenecer a ninguno»[48]. En el exilio, O'Farrill aportó justificaciones que debemos tomar en serio: el temor al vacío del poder en 1808 («la desgraciada orfandad del Estado») y el rechazo de la violencia popular asimilada a «un terror general» que «estableció una completa anarquía»[49]. Por lo tanto, estos argumentos no deben eclipsar la situación concreta del individuo al elegir un partido. Los ejemplos desarrollados más arriba nos hacen ver o entrever unos afrancesados por reacción a una larga marginación geográfica dentro de un grupo familiar (O'Farrill y su familia cubana), o por frustraciones acumuladas en el seno de la familia (Aguado). La lógica del funcionamiento vincular de las familias de las élites imponía que varios individuos fuesen sacrificados para la supervivencia del grupo[50]. La situación de crisis de la guerra ofreció oportunidades a individuos para romper con un destino poco satisfactorio y fueron más sensibles a las ofertas de los franceses, a las posibilidades de conseguir plazas a las que no hubieran podido acceder anteriormente.

Estos ejemplos están sacados del bando afrancesado, pero si examinamos el otro bando, siempre a partir del parentesco de los Aguado, vemos que los intereses superiores del grupo, es decir la necesidad de garantizar la permanencia de la familia a través de la transmisión del mayorazgo y del título de nobleza, fueron siempre preservadas. El mayor de los Aguado, José, el que poseía el título y el mayorazgo, fue nombrado capitán de las milicias urbanas por la junta de Sevilla en 1808[51], pero se quedó en Sevilla y no combatió fuera, a diferencia de los segundones Alejandro y Felipe. Durante la ocupación francesa, se hizo muy discreto, sin una actuación notable, mientras que sus hermanos combatían abiertamente en los dos partidos opuestos. El hombre encargado de los intereses superiores del grupo familial no arriesgó ni su vida ni su fortuna en los combates. En la familia de los Gómez de Barreda, aparentada con los Aguado (la hermana del segundo conde de Montelirios, María Brígida Aguado se casó con Francisco Gómez de Barreda), Francisco, el

48 CORTINE Y MURUBE, F., *Un sevillano en París...*, *op. cit.*, p. 50.

49 Citado por: LÓPEZ TABAR, J., *Los famosos traidores...*, pp. 132, 142.

50 Una descripción de las estrategias familiares para asegurar la continuidad del mayorazgo y del linaje en: DEDIEU, Jean-Pierre, «Familles, majorats, réseaux de pouvoir. Estrémadure, XVe-XVIIIe siècle», en J. L. CASTELLANO, J. P. DEDIEU, *Réseaux, familles et pouvoirs en le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, París, CNRS ed., 1998, pp. 111-145.

51 AGMS, sección 1, exp. personales, A 309.

que murió al combate de Úbeda, era un segundón soltero con dos hermanos[52]. Estas constataciones confirman la necesidad de examinar cómo se sitúa el individuo en el grupo familiar para entender y explicar su actuación durante la guerra. Este tipo de argumentos quizás pueda ilustrar el papel importante durante la guerra de los miembros del clero procedente de familias de las élites, en la guerra, en la guerrilla como en el bando josefino[53]. Ocupaban un puesto esencial en el patronazgo de la familia, pero no debían asumir la perennidad del grupo y actuaban preferentemente como intermediarios. Por consiguiente, tenían un grado de libertad superior al de sus hermanos, lo que les confirió, como intelectuales, una sensibilidad mayor a los factores ideológicos cuando se encontraron en posición de elegir un partido.

Por último, los ejemplos estudiados apuntan el papel fundamental de las circunstancias en la actuación durante la guerra. No existen afrancesados en las zonas que no fueron invadidas por los franceses, y era casi imposible no afiliarse al bando patriota en las zonas libres. Muchos de los sospechosos de amistad con los franceses o de simpatía por las ideas francesas fueron perseguidos. La violencia popular se desencadenó con crueldad en contra de los representantes de las autoridades, en particular en el sur del país. El caso del conde del Águila y del marqués del Socorro en Sevilla es famoso, pero ocurrió lo mismo en Cádiz, Badajoz, Jaén, Castellón de la Plana, Valencia, La Carolina, Granada, Sanlúcar de Barrameda o Vélez Málaga[54]. La intensidad de la presión y de la violencia populares hizo que los que eran conocidos por sus ideas afrancesadas no tuvieran otra alternativa que la huida o la ostentación de un patriotismo activo con donativos y alistamiento en las filas de las milicias. Lo observamos en el mundo de las élites sevillanas: los dos tercios de los miembros de la Real Maestranza, vinculados muchas veces al conde del Águila, tomaron las armas en las milicias urbanas[55]. El fenómeno es aún más fuerte en Cádiz: casi todos los varones de edades comprendidas entre los 18 y los 40 años se alistaron para defender la ciudad o para acudir a los campos de batalla[56].

---

52 CADENAS Y VICENT, Vicente de, *Caballeros de la orden de Calatrava que efectuaron sus pruebas de ingreso durante en siglo XIX*, Madrid, Ediciones Hidalguía, 1976, pp. 168-169.

53 DUFOUR, Gérard, *El clero afrancesado,* Aix-en-Provence, Université de Provence, 1986. DUFOUR, Gérard, *Tres figuras del clero áfrancesado (D. Felix Amat, D. Vicente Román Gómez, D. Ramón José de Arce*), Aix-en-Provence, Université de Provence, 1987.

54 LAFON, J.M., *L'Andalousie de Napoléon...*, *op. cit.*, pp. 78-79.

55 LEÓN Y MANJÓN, P. de, *Historial de fiestas y donativos...*, *op. cit.*, p. 149.

56 SOLIS, Ramón de, *El Cádiz de las Cortes,* Madrid, Sílex ediciones 1987, pp. 126-127.

La reconciliación o la fuerza de los vínculos familiares

Las rupturas familiares que hemos localizado durante la guerra fueron muchas veces de corta duración, a pesar de la legislación represiva que afectó a los afrancesados y a los liberales. Los afrancesados carecían de una red específica de solidaridades y nunca formaron un grupo homogéneo en el exilio. Sabemos poco de las condiciones de su regreso a la Península, pero está claro que, tanto en el exilio como al regresar a España utilizaron preferentemente los vínculos tradicionales de la amistad y de la familia. Prueba de ello es la vida acomodada que una minoría tuvo en el exilio[57]. Manuel Silvela redactó en Francia un drama emblemático, una obra en tres actos titulada *El Reconciliador,* que representa una familia desgarrada por las opiniones divergentes de tres hermanos: uno liberal, otro absolutista y un último ex afrancesado[58]. El autor aboga por la reconciliación familial, utilizando la familia como metáfora de la nación. Esa metáfora clásica cobró una fuerza muy grande durante estos años por la asimilación del cuerpo político-social de la monarquía a una familia, con un rey-padre gobernando con los medios de la economía doméstica. Por consiguiente, la busca de la unidad de la familia era una prioridad social y la división de la familia una anormalidad, un signo de disfuncionamiento social. Si tomamos de nuevo el caso de Alejandro María Aguado, vemos que casi no se interrumpió la solidaridad familiar. En el exilio en París, Alejandro María disfrutó de la ayuda de su madre que le envió dinero en letras de cambio[59]. También le ayudó su tío Roque, un comerciante de Puerto Real exiliado por liberalismo en Londres. Roque abrió a su sobrino toda la red de sus amistades en el mundo de los negociantes de la bahía de Cádiz que estaban presentes en el mercado británico y americano. Alejandro María se convirtió así en negociante y abrió en París un negocio rápidamente famoso de productos españoles y americanos de lujo (sobre todo vino de Jerez, cigarros de Cuba, chocolate, naranjas y limones)[60]. Con Roque, las diferencias políticas fueron superadas pronto, lo fueron más tarde con su cuñado, el marqués de Albentos, buen «patriota»: «Sabes el aprecio particular que siempre te he profesado, y me tenía picado el que una diferencia de opinión política, de que nadie se acuerda, pudiera romper de ese modo la amistad y enlace de familia; por mi

57 Ejemplos en Burdeos en: MORANGE, Claude, *Paleobiografía (1779-1819) del «pobrecito holgazán» Sebastián de Miñano*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2002, p. 348.

58 LÓPEZ TABAR, J., *Los famosos traidores...*, *op. cit.*, pp. 196-197.

59 CORTINE Y MURUBE F., *Un sevillano en París...*, *op. cit.*, p. 49.

60 BOTTIN, Sébastien, *Almanach du commerce de París, des départements de la France et des principales villes du monde*, París, 1819. Para más informaciones. LUIS, J. P., *L'ivresse de la fortune. Aguado, un génie des affaires*, capítulo IV.

parte, manifestándote ya mi sentimiento, todo lo olvido y sólo me ocuparé de apreciarte»[61]. Aguado se reconcilió también con otro cuñado suyo, Pedro Grimarest y Oller, un absolutista señalado y activo[62].

Los ejemplos desarrollados aquí indican la complejidad de las motivaciones en las tomas de decisiones durante la guerra de la Independencia. La ideología, el interés o el oportunismo corresponden a consideraciones marcadas por el individualismo. Pero en el mundo de las élites, el grado de independencia de cada hombre era limitado por la fuerza del colectivo en que vivía inserto, ante todo la familia. Por eso, no podemos ignorar el peso del colectivo en las posiciones y opciones personales. Nos faltan estudios para confirmar o invalidar las hipótesis que aquí presentamos: los actores mayores de la guerra —en el bando patriótico como en el afrancesado—, los que arriesgaron su vida y su fortuna, fueron por lo general individuos que tenían responsabilidades limitadas en la perpetuación de la familia, o personas frustradas por el destino que el grupo familiar les había deparado. Esta afirmación no significa que los otros factores fueran secundarios. Bien lo demuestra el caso de Álvaro Flórez Estrada: ser el primogénito de una familia de la nobleza mediana de Asturias, y por lo tanto ser titular del mayorazgo familiar, no le impidió vivir la carrera política que conocemos y sufrir dos veces el exilio[63]. Por consiguiente, necesitamos estudios concretos para ir más lejos. Los actores sociales no son puros espíritus. Lo que quiero decir es que, en una sociedad que no era una sociedad de individuos libres, los intereses superiores del grupo familiar tuvieron un papel que no debemos olvidar ni aminorar, unos intereses que se combinaron con otros factores como la posición ideológica o la situación geográfica de los actores. Constatarlo significa empezar a dilucidar el camino complejo del nacimiento de la política moderna que puede pasar por lecturas, pero que se hace ante todo en la actuación, en las experiencias, en la invención de una nueva relación con el poder[64]. La fuerza del trauma llegó a cuestionar las bases mismas del poder político y de la lógica social. Por eso, la Guerra de la Independencia fue una etapa fundamental en el acceso a la modernidad política. Sin embargo, la guerra no hizo desaparecer los mecanismos tradicionales de la movilidad social. Los estudios sobre el siglo XIX indican que el parentesco y el patronazgo eran muy fuertes en la organización social, pero, pese a

61 CORTINE Y MURUBE F., *Un sevillano en París…*, *op. cit.*, pp. 54-55.

62 *Ibíd.*, p. 50.

63 VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853) política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, p. 18.

64 HOCQUELLET, Richard, «Passeurs de modernité: engagement et médiation au début de la révolution espagnole (1808-1810)», en *Revue d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, 2005, pp. 121-138.

ello, la guerra favoreció el desarrollo del individualismo. El clientelismo, el patronazgo y el parentesco fueron utilizando vías y canales nuevos, adaptándose a nuevas normas políticas y jurídicas, sin alcanzar nunca la coherencia que tuvieron antes de 1808. Por eso también, la guerra de la Independencia significa un paso decisivo hacia la muerte del Antiguo Régimen.